

*Cuentos de cámara* de CRISTIÁN HUNEEUS.

Editorial del Nuevo Extremo. Santiago, 1960.

Se ha dicho que el autor de esta colección de cuentos inició su carrera literaria de una manera rápida y segura. Armando Cassígoli lo incluyó en su Antología titulada "Cuentistas de la Universidad", 1959. En el Concurso Universitario Nacional, género Cuento, 1959, obtuvo los dos primeros premios.

Cristián Huneeus afirma que ninguno de los personajes de sus recientes "Cuentos de Cámara" ha sido "madurado a mano", sino que todos ellos tienen "pasión y muerte" independientes.

Es ésta una manera de rechazar honorablemente la sujeción a una idea previa, a un compromiso determinado, lastres muy frecuentes en la denominada "literatura comprometida".

Ocho cuentos forman este volumen. Sus temas son variados. A veces, una elemental anécdota es suficiente para crear un clima de interés, servido por una forma literaria inconfundible, correcta, sin adornos ni grandes rodeos subalternos.

Destaquemos tres de estos relatos. Uno de ellos, titulado "Mar, amores y un gramático", plantea y resuelve una situación amorosa, expuesta con habilidad. La figura de un profesor de gramática se potencia con rasgos excepcionales.

El autor ha centrado en un personaje un desequilibrio vital, frecuente en quienes confunden la vida y el estudio, la fría especulación y los cataclismos del amor visceral.

Ese personaje domina la total estructura del cuento. Y esto supone un gran acierto.

"Pijecito" es la historia de dos individuos, tocados por la inquietud comercial, en cuyo trasfondo hay la posibilidad de unos amores.

Huneeus ha vertebrado el cuento con indudable dramatismo, separando los planos vitales de los protagonistas, es decir, de un individuo práctico y activo, y de otro que vive entre las nubes inciertas de su propia estimación.

Diríase que se han bordeado las zonas del apólogo. Aquí, el acontecimiento llena todos los intersticios, no exentos de calidad literaria.

"El Clarinete" es la obra mejor lograda. La fluencia anecdótica está magistralmente dosificada. Los cuadros yuxtapuestos se armonizan por el peso sentimental del hombre que vuelve hacia los hontanares de un primer enamoramiento, en cuyas fechas había una posible felicidad.

Vuelve el músico a sus viejas palestras. Y allí la vida le susurra unos recuerdos y le enciende unas luces: "Javier fue interpretando su antiguo repertorio. La nostalgia le era, por lo menos, tan intensa, que pen-

saba detenerse, pero se iba sintiendo, cada vez que la vencía, más seguro de sí mismo y renaciendo a la vida”.

Razón tiene el autor al decir que sus personajes tienen “pasión y muerte”.

VICENTE MENGOD

*El amante de cinco días*, de FRANÇOISE PARTURIER.

Editorial Zig-Zag. Santiago, 1961.

Después de haber ensayado diversos estilos vitales, la novela enfila, una vez más, los rumbos siempre vírgenes del realismo; si bien con una matización sensual.

Sabido es que algunas obras de este tipo alcanzaron un éxito fulminante, sin que ello exija o implique una calidad estética. Con frecuencia, con excepción de “La Sed”, de Assia Djebar, una enorme cantidad de novelas, tejidas en las frondas del existencialismo, no tuvieron gran fortuna. El realismo, en sus páginas, se convirtió en furibundo resquemor, en graznido de pato salvaje.

Ahora se publica, traducida al castellano, la obra “El amante de cinco días”, de la escritora francesa Françoise Parturier. Una intriga sencilla, de conformación amorosa y sexual, ha sido tratada con innegable maestría técnica. Porque el tema, quizás tan viejo como la historia de los primeros amores furtivos, necesita ser tratada con gracia y desenvoltura. De lo contrario, se convierte en un alegato moralista. No olvidemos que muchas obras se han malogrado por ese anhelo normativo, que rebota en las empalizadas, no muy accesibles, del verdadero arte literario.

Dícese que esta novela pasará pronto a la pantalla cinematográfica. La serie de planos afines, de situaciones insinuadas y de atrevidos toques realistas se prestan a una versión filmica.

Aquí tenemos el caso de una esposa enamorada, cuidadosa de sus hijos, que fusiona las facetas del amor hogareño y de las aventuras sexuales. Tiene un amante. Cuando observa que la cuerda floja de su vida se pone excesivamente tensa, deja ese amor entre cenizas de romántico olvido.

La novelista francesa hace alarde de sugestiva técnica del diálogo. No hay rodeos, pues la concepción realista de su obra no se lo permite.

Descubre un final de ruta, y hacia él enfila el navío de su sensualidad. Y entretanto, escancia una serie de meditaciones, desvergonzadas en apariencia, arrancadas de la vida, no obstante. He aquí algunos de sus párrafos sugestivos.

“Estoy triste, pues el espectáculo de un corazón puro, cuando no es bobo, es tan raro que se vuelve conmovedor”.

“Al menos quisiera, Antonio, que no me detestes porque amas a otra mujer. Eres demasiado íntegro, demasiado absoluto, y en cuanto el co-